

EDUARDO MENDOZA, ESCRITOR

«La clásica dicotomía entre forma y fondo es una tontería, ya que son la misma cosa»

Barcelonés de nacimiento, es de los pocos escritores que pueden afirmar sin miedo que han tenido seguidores desde que publicó su primera novela en el año 1975. A *La verdad sobre el caso Savolta* le siguieron otros muchos éxitos como *El misterio de la cripta embrujada*, *La ciudad de los prodigios*, *Sin noticias de Gurb*, *El año del diluvio* o *El último trayecto de Horacio Dos*, todos ellos publicados en Seix Barral. También ha escrito ensayos, teatro y ahora, por fin, un libro de relatos. Algunas de sus novelas han sido llevadas al cine, pero con mucho menos éxito de crítica y público que los libros originales.

Lleva unas semanas de locura de un lado para otro de España haciendo entrevistas sobre el nuevo libro de relatos que acaba de publicar. Se ha acercado al Foro Complutense para compartir su visión de la literatura con sus lectores y antes de eso le asaltamos con una entrevista más.

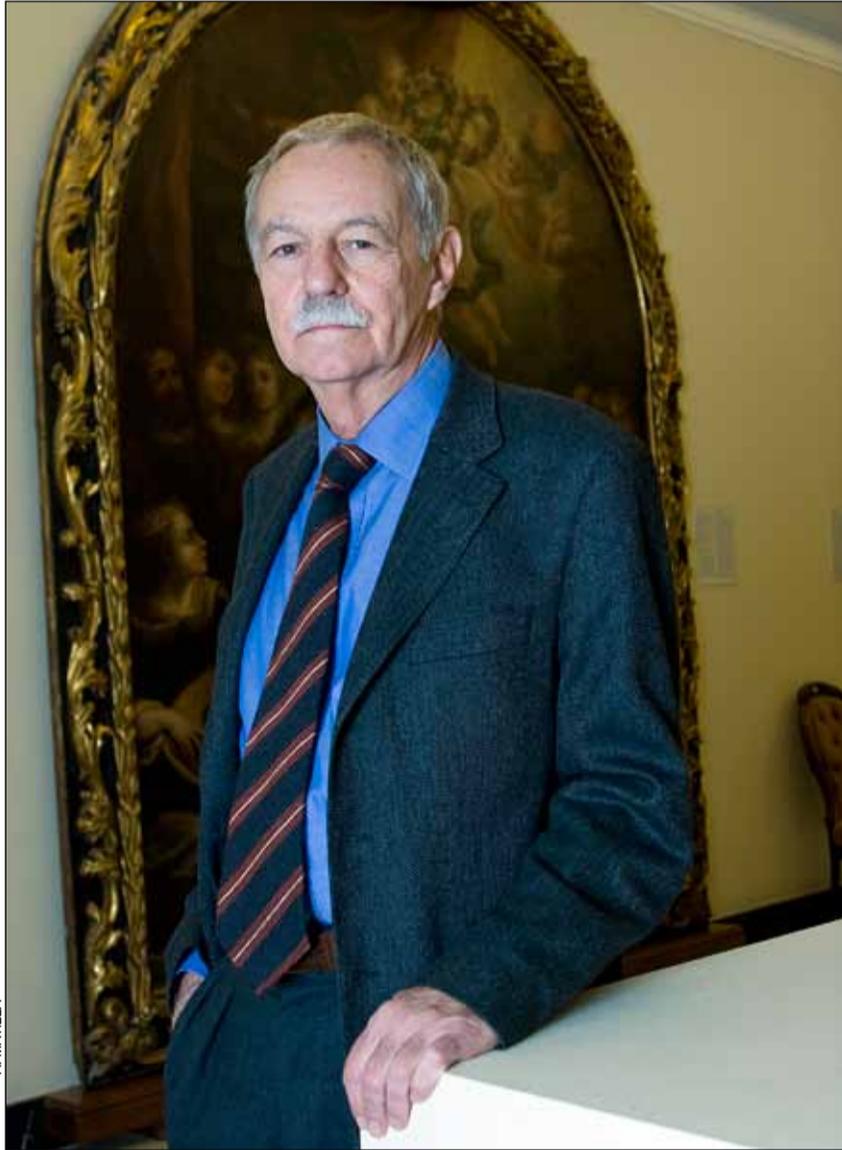
– Después de *El asombroso viaje de Pomponio Flato*, donde Jesús, María y José eran protagonistas, ahora publica *Tres vidas de santos*. ¿No teme que le excomulguen o algo peor?

– La verdad es que esto es una pura coincidencia, o quizás no, pero desde luego no es deliberado. Con el libro anterior, que era una broma, sí pensé que podía haber una reacción virulenta, lo que por otro lado habría sido una publicidad adicional, pero la verdad es que no hubo nada de eso. De hecho fue al contrario, y algunas revistas religiosas lo comentaron y entendieron que era una broma. Mi último libro quería titularlo yo simplemente “Vidas de santos” para dar un poco de unidad a tres historias tan dispares. No caí en la cuenta de que después del niño Jesús, venían los santos, así que lo próximo vaya usted a saber lo que será.

– Al leer el libro enseguida se da uno cuenta de que no tiene nada que ver con la religión, porque son realmente santos laicos, y los hay de todo, desde escritores a obispos venidos a menos o profesoras. ¿Se le ocurre alguna profesión que no podría haber protagonizado el libro? ¿Quizás un banquero o un político?

– Santos, santos, no sé. No sé si las condiciones ambientales propician la santidad en esas profesiones. Ahora parece que hay una efervescencia de delinquentes y pienso que son casos frecuentes, no aislados, pero tampoco creo que sean decisivos.

«**E**stamos es un mundo realmente globalizado y democrático desde el punto de vista cultural»



A. MATILLA

«Vivimos en un estado de excesiva desconfianza»

Considero que hay políticos y hombres de negocio que quieren hacer lo suyo sin hacer el mal, no son el profesor Moriarty. Lo que pasa es que vivimos en un estado de sospecha y, por ejemplo, ya nadie se quiere vacunar porque se supone que hay un proyecto para eliminar al treinta por ciento de la población. Vivimos en un estado de excesiva desconfianza fomentada, eso sí, por todos esos

personajes que aparecen en los telediaros.

– Volvamos a *Tres vidas de santos*. En uno de los cuentos un protagonista suelta un discurso totalmente rompedor en la entrega de un premio y a nadie le importa lo más mínimo. ¿Piensa que ocurriría así?

– Yo creo que sí. Tuve una experiencia parecida a muy pequeña escala. Un presentador empezó a comentar lo que se supone que

«**E**l éxito del vampiro no lo podía pensar nadie, porque parecía algo de baile de disfraces cutre»

yo quería haber dicho en una novela, aunque realmente no era lo que yo quería expresar. Así que cuando me dio la palabra le dije que no estaba de acuerdo, pero él me interrumpió y me contestó que no, que yo estaba equivocado y que había que entenderlo en otro contexto. No quería oír lo que yo tenía que decir. Creo que ya no hay capacidad de escándalo. Quizás la única forma de tener un cuarto de hora de fama sea morirse en directo.

– Otro de los personajes, un escritor de éxito, considera que la literatura sólo es forma. ¿Comparte usted esa opinión?

– Yo creo que el personaje se explica mal, porque además la clásica dicotomía entre forma y fondo es una tontería, ya que son la misma cosa. No hay ninguna diferencia entre lo que se cuenta y cómo se cuenta. Para mí todo es lo mismo, pero él lo que entiende es que la literatura es solo un producto que no tiene que ver con la intención ni con la receta, sino que es una cosa que se hace de manera colectiva, entre el escritor y el lector. En la realidad encontramos el afán, muy

actual, de convertir la literatura en un producto comercial, con todo lo que eso supone y todos los errores y fracasos debidos a este malentendido, porque hay libros que no funcionan sin saber por qué. Y al mismo tiempo los editores ven cómo resurgen temas que parecían olvidados, como los vampiros que ahora venden muchísimo y hay niñas que hacen siete días de cola para ver a

los actores que hacen películas basadas en estas novelas. Eso no lo podía pensar nadie, porque lo del vampiro parecía algo de baile de disfraces cutre y ahora resulta que es lo que mueve a la adolescencia.

– Entonces, ¿para usted qué es la literatura?

– Hay que entenderla como un todo. La literatura no hay que malentenderla como lo hace el mercado, pero tampoco como lo hacen la academia y la universidad, que la desmenuzan e intentan ver mecanismos. Es cierto que esas dos cosas son importantes, pero se dejan una cosa que está ahí, como en el resto del arte, y que es un diálogo que se establece entre el que lo fabrica y el que lo consume, y ellos dos se entienden. Lo más importante de la literatura es ese núcleo, que es un agujero negro, en el que no sabemos lo que hay. Y precisamente porque no lo sabemos continúa y continuará la literatura.

– Relacionado con el mundo de los vampiros y la literatura. ¿No hay quizás un exceso de unificación

«**L**a literatura no hay que malentenderla como lo hace el mercado, pero tampoco como lo hace la academia»

en los temas que se publican en la actualidad?

– Creo que ha ocurrido eso en todas las épocas, lo que pasa es que ahora estamos en un mundo realmente globalizado y democrático desde el punto de vista cultural. Ahora mismo la extensión de la educación es un fenómeno importantísimo. Cuando yo estudiaba había en España un 50 por ciento de analfabetos reales y leía un 10 por ciento de la población, y entonces se podía ser mucho más exquisito. La globalización ha tenido muchas cosas buenas, pero también malas, porque ha hecho que haya una unificación en la literatura, pero también entre las ciudades, donde encuentras la misma comida, las mismas franquicias, los mismos libros y las mismas películas. De todas formas no hay que añorar tiempos pasados que fueron mucho peor. Por suerte ahora las inyecciones de catastrofismo las podemos superar con la literatura y el cine, que nos permite cubrir esa necesidad que tenemos en nuestros genes de ver a alguien destripado.

La invención del lenguaje y el libro electrónico

El mismo día que entrevistamos a Eduardo Mendoza se publica en varios medios de comunicación que se ha descubierto el gen responsable del lenguaje humano. Para el escritor esto es un avance, pero no es suficiente, “porque, ¿quién se ha inventado las preposiciones que están en todo los idiomas del mundo? ¿Quién creó conceptos globales como afirmativo y negativo?”. El lenguaje va mucho más allá de un simple gen

y es un ejemplo de una evolución de siglos, pero lo que tiene claro Mendoza es que perdurará sin importar el soporte en el que se utilice.

De hecho, el escritor reconoce no sentir ninguna preocupación por la llegada del libro electrónico. Para él, esa preocupación es entender mal lo que es la literatura, porque decir eso de “a mí si no es en papel ya no me gusta, es como decir no puedo comer si no

es con servilleta de hilo, pues depende del hambre que uno tenga”.

El problema está en los hábitos de los lectores, más que en el formato. Para Mendoza, el hábito actual de la cultura es equivalente al de la comida, “que tiene que ser dulce y blanda, para no masticarla ni cortarla, y si tiene espinas ya ni se prueba. Estamos creando una generación de obesos, y pasará lo mismo con la cultura”.